Una argentina por la salud de América

Por Ginés González García
Para La Nacion

DE aquella lejana y hermosa etapa en la que todos los seres humanos acunamos nuestros mejores sueños de justicia data la amistad que me une a Mirta Roses. Desde que éramos estudiantes de Medicina en la Universidad de Córdoba, para nosotros la justicia social fue tomando el claro rostro de un pueblo argentino saludable y en aptitud de afrontar el noble desafío del futuro. Huelga aclarar, entonces, la alegría que despertó en mí la consagración de la doctora Roses como directora de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), cargo que desempeñará por el próximo quinquenio.

Como es habitual en estos casos, la designación de una persona para un cargo de tamaña trascendencia y responsabilidad no sólo premia la trayectoria de esa persona, sino que se transforma en un gesto inequívoco hacia su país de origen. De tal manera, la votación que ungió a Mirta Roses como directora de la OPS también es un reconocimiento a la extensa tradición del pensamiento sanitario argentino, expresada a través de los nombres de Carrillo, Alvarado Noblía, Coll, Oñativia, Salvador Mazza y tantos otros que, con su brillo personal y profesional, iluminaron el camino del sanitarismo nacional.

La elección de una compatriota como directora de la OPS reconoce la rica tradición de nuestro sanitarismo

Pero, además, la consagración de Roses representa un premio para la Argentina misma. Y esto cobra una dimensión muy especial en este particular momento histórico en el que nuestro país recibe asiduamente los latigazos de las duras críticas que algunos funcionarios de los organismos multilaterales de crédito le dispensan. De todos modos, la mayoría de los países desoyeron esos cantos desafinados y optaron por confiar en la Argentina y votaron por la Argentina.

El lugar de la mujer

Y eligieron bien: eligieron y premiaron a la Argentina y consagraron a Mirta Roses, que sobresale por su profundo conocimiento del continente y es poseedora de una sensibilidad muy especial como mujer y como argentina. Me parece muy auspicioso que esta nueva gestión se vaya a encarar desde la sensibilidad de la mujer, que siempre exhibe una visión diferente de los problemas sociales y de la problemática de la salud. Las mujeres están preparadas para cobijar y para contener: lo hacen desde el seno mismo de sus familias, en donde las madres, abuelas y tías son las primeras sanadoras que nos socorren, nos confortan y nos curan. Desde este lugar también podemos explicarnos que las mujeres sean absoluta mayoría dentro del universo de los trabajadores de la salud, fenómeno que se acrecienta con los años, no sólo en el número de las médicas, sino también en la noble y abnegada profesión de las enfermeras.

Roses es una digna exponente del pensamiento de la salud pública argentina y representa, en este sentido, la larga historia de los trabajadores de la salud en nuestro país. Prueba de esto es que todos los sectores que componen la salud en la Argentina han actuado en sostenimiento de su candidatura. La apoyó tanto el sector público como el privado, la comunidad universitaria, los partidos políticos, la Iglesia y los trabajadores de la sanidad.

En este sentido, la consagración de Roses ratifica lo que venimos sosteniendo desde hace mucho tiempo, incluso antes de hacernos cargo del Ministerio de Salud: cuando los argentinos logramos unirnos en pos de un objetivo común, conseguimos logros muy importantes, tanto en el nivel nacional como en el internacional, del que este caso es claro testimonio.

Para evaluar correctamente y darle la exacta dimensión al triunfo de Mirta Roses, habrá que caracterizar a los que se oponían a su candidatura: la elección, justo es decirlo, comenzó con oscuros pronósticos. Estos nubarrones que entorpecían una visión optimista derivaban de la dura posición que asumían algunos países poderosos que integran la OPS, los que se oponían a que la Argentina pudiera votar en la Asamblea. Estos países fundamentaban su postura extremista sosteniendo que nuestro país desde el año 1997 no pagaba la cuota anual de pertenencia al organismo, a pesar de la asistencia que éste le había seguido brindando.

El cambio de postura de la mayoría de esos países que se oponían a que la Argentina pudiera votar, lo pudimos "forzar" gracias a nuestras argumentaciones, fundamentadas en el dilatado protagonismo de la Argentina, que se extendió, en el seno del organismo, a lo largo de un siglo, y a su condición de país fundador. Tampoco permitimos que cayera en la desmemoria el gesto de nuestro país, que fue un donante muy importante en la década del 50 y un contribuyente fundamental en la lucha contra el paludismo internacional de aquellos años, a través de una estrategia y una ideología que se generaron en la propia Argentina. El segundo eje con el que defendimos nuestra postura se basaba en que no se podía seguir castigando a un país, justamente cuando ese país más necesitaba la ayuda, la comprensión y la solidaridad internacionales.

La cinta del cacique

En tercer lugar, sostuvimos que la Argentina tiene una tradición de honrar sus compromisos y que no modificará esa conducta. Por último, sostuvimos que nuestro país no se burlaba de nadie al defender su legítimo derecho al voto y que se sentaría un muy mal precedente para la historia democrática del organismo si no se le permitía votar al país que había presentado la candidatura de Mirta Roses, y del cual la doctora Roses es oriunda. En una democrática votación, nuestra postura se impuso por 37 votos a favor y uno en contra, de modo que la Argentina pudo participar en forma plena y votar en la elección de la nueva dirección, que felizmente terminó con 20 votos para Mirta Roses; 16 para el candidato mexicano, Jaime Sepúlveda Amor, director del Instituto de Salud Pública de México, y dos votos nulos.

Sepúlveda Amor era un muy buen candidato, como coincidíamos con el ministro de Salud del Brasil, doctor Barjas Negri, y México hizo un gran esfuerzo por volcar los votos a su favor. La diferencia con nuestra candidata estribaba, y esto lo dijimos en la apertura de la Asamblea, que tuvimos el honor de presidir, en los valores que exhibe Mirta Roses como representativa de América: Mirta no era sólo la candidata de un país sino de un pensamiento social, de un pensamiento sanitario vinculado a lo público, muy representativa de quienes sostienen y entienden la salud como un derecho colectivo. En definitiva, la diferencia estribaba y estriba en los años que nuestra compatriota ha pasado recorriendo y trabajando en nuestro continente, una diferencia que vuelca la balanza a su favor con la fuerza de su amor por esta tierra y, sobre todo, con el compromiso asumido con quienes la pueblan.

Mirta Roses no sólo era la candidata de un país sino de un pensamiento sanitario vinculado a lo público

Hay una anécdota que Mirta me contó y que la pinta de cuerpo entero: en diciembre del año pasado, en la ciudad de Tartagal, en el Norte de nuestro país, un cacique chorote le amarró una cinta hecha con una fibra natural autóctona en la mano derecha, como un símbolo. La mano derecha es la mano que firma documentos, la mano que se extiende para sellar la amistad, la que se levanta en los juramentos. Mirta me contaba, emocionada, que el cacique le había atado esa cinta para que no se olvidara, si llegaba a ser titular de la OPS, de dónde están los más necesitados. La emoción de Mirta al recordarme esa anécdota me exime de buscar adjetivos porque aquella emoción es la mejor definición de esta gran mujer. © La Nacion

El autor es ministro de Salud de la Nación.



El ministro de Salud, González García, aplaude a la doctora Roses